

## HA MUERTO EL PADRE LETURIA

Nota de la Redacción.- Cuando preparábamos un artículo sobre la personalidad histórica de nuestro querido Profesor, el Padre Pedro de Leturia, insigne bolivariano y altamente apreciado en Venezuela, recibimos de su sucesor en el Decanato de la Facultad de Historia Eclesiástica este bello artículo, que incorporamos gustosísimos a la Revista.- M. A. E.

El día 20 de Abril expiró en Roma, en medio del dolor y de las oraciones de sus hermanos en religión, el ilustre historiador Padre Pedro de Leturia, S. J.

Los funerales que la Pontificia Universidad Gregoriana celebró el 22 en la Iglesia de San Ignacio fueron no solamente una solemne función fúnebre, sino que al mismo tiempo resultaron, por el número y, sobre todo, por la calidad de los asistentes, una imponente manifestación de duelo y de afecto por el bien amado difunto.

Y es que con la muerte del Padre Leturia, la Universidad Gregoriana ha perdido uno de sus profesores más doctos, y la ciencia histórica, uno de sus cultivadores más valiosos. Centenares de sacerdotes y religiosos, que admiraron sus egregias dotes de maestro, y recibieron de él enseñanzas, método y orientaciones para su labor y felicitaciones por las publicaciones, lamentaban ahora la pérdida irreparable.

En Italia, España, Holanda, Bélgica y otros países europeos, en toda la América desde el Canadá a Chile y a la Argentina, hay muchos profesores y cultores de la Historia Eclesiástica que tuvieron en el P. Leturia un maestro, de los que raramente se encuentran, un guía seguro, un padre afectuoso, por quien conservan los sentimientos de la gratitud y veneración más viva.

Dos son los aspectos principales que presenta la figura del eximio profesor recientemente desaparecido: el del his-

toriador eminente; y el de maestro incomparable. En el fondo de uno y otro palpaba un espíritu emprendedor y tenaz, una mente organizadora.

El P. Pedro de Leturia nació en Zumárraga, España, el 26 de Noviembre de 1891; y a los 15 años entró en la Compañía de Jesús. Después del Noviciado, completó los estudios humanísticos en Loyola y Burgos (1909-1911); e inmediatamente emprendió, por tres años, el estudio de la Filosofía en el Colegio Máximo de Oña (1912-1914); y completó el cuadrienio teológico parte en el mismo escolasticado y parte en el de las provincias jesuíticas alemanas, en Valkenburg, Holanda (1919-1929).

Con esta seria preparación humanística y con este adiestramiento filosófico y teológico, enriquecido con la experiencia de tres años de enseñanza de la Historia y de la Filosofía en el Colegio de Bogotá, Colombia (1915-1918), se acercó el P. Leturia a la Historia.

Otras dos circunstancias tuvieron un influjo determinante para su futura carrera de historiador: la permanencia de tres años en América, de que hemos hecho mención, lo orientó hacia el estudio de la Historia de la Iglesia en la América española; y fue tan poderosamente atraído por este tema, que constituyó por toda su vida una de sus investigaciones preferidas; y más tarde la celebración del Cuarto Centenario de la Conversión de San Ignacio de Loyola, que coincidió con sus estudios teológicos en Oña, lo atrajo a una investigación juvenil sobre el fundador de la Compañía, el primero de una larga serie de trabajos cada día más profundos, científicos y revolucionarios, que posteriormente había de escribir sobre él.

Se puede decir que de ahora en adelante casi toda su actividad científica quedó absorbida por estos dos temas: el de San Ignacio, que avanza a veces a la historia general de la Compañía de Jesús; y el de la Iglesia de la América Latina, que se integra y complementa con la historia de las Misiones.

Destinado, después de la Teología, a la cátedra de Historia Eclesiástica en la facultad teológica de Oña, quiso completar su precedente preparación con la carrera de Ciencias Históricas en la Universidad de Bohn, y más tarde de Munich, donde se doctoró en 1925 con la disertación *Der heilige Stuhl und das spanische Patronat in América*. (La Santa Sede y el Patronato Español en América), publicada en resumen en la *Historisches Jahrbuch* (Anuario Histó-

rico) 1926, páginas 1-17, y reim-  
presa más tarde en una serie de ar-  
tículos de la revista *Razón y Fe: El  
origen histórico del Patronato de In-  
dias*, y en cuatro artículos (1927) de  
la "*Spanische Forschungen der Go-  
rresgesellschaft* (Investigaciones espa-  
ñolas de Gorresgesellschaft): *El regio  
vicariato de Indias y los comienzos de  
propaganda* (1930), y en otras revistas.  
Estudios todos ellos importantes para  
la historia de la Iglesia americana en  
los siglos XVI-XVIII y para el cono-  
cimiento del origen, naturaleza y es-  
tructura del Patronato y Vicariato de  
los Reyes Católicos en la Iglesia de las  
Indias Occidentales, como en general  
para las condiciones de la Iglesia en  
los países americanos.

Contemporáneamente a estas labores  
sobre el Patronato, inició el P. Leturia  
sus investigaciones en otro período de  
la Iglesia americana; a saber, el perío-  
do de la Emancipación de América de  
las Naciones Ibéricas y de la formación  
de varias Repúblicas en América Cen-  
tral y Meridional. Preocupó al autor  
más que el aspecto político de sus in-  
vestigaciones, el religioso y eclesiástico.  
Se empeñó en establecer, a base de la  
documentación más segura, concreta-  
mente del Archivo Vaticano y de algu-  
nos archivos nacionales americanos, la  
repercusión de un acontecimiento de  
tanta importancia sobre la Iglesia, da-  
das las especiales condiciones de la  
Iglesia Americana bajo el dominio de  
los Reyes Católicos. En una larga se-  
rie de trabajos de primera mano es-  
tudió la actitud de los Romanos Pontí-  
fices desde Pío VII y León XII hasta  
Gregorio XVI y Pío IX; las largas y  
delicadas gestiones, que tuvieron lugar  
ya en la corte española, ya con los go-  
biernos de los nuevos estados a fin  
de proveer al bien espiritual de los fie-  
les americanos y facilitar las normales  
relaciones entre la Santa Sede y las  
nuevas Repúblicas. En la imposibilidad  
de citar en este artículo todos los tra-  
bajos relacionados con este tema, re-  
cordaremos al menos los principales:  
*La Acción Diplomática de Bolívar ante  
Pío VII (1820-1823)* a la luz del Ar-  
chivo Vaticano (Madrid 1925); *Bolívar  
y León XII* (Caracas 1931); *La Eman-  
cipación Hispanoamericana en los infor-  
mes episcopales a Pío VII*; (Buenos  
Aires, 1935); el *Viaje a América del  
futuro Pontífice Pío IX (1823-1825)*,  
(*Miscelánea Histórica Pontificia*, vol.  
XIII, Roma 1948). Se ocupó el P. Le-  
turia en este asunto desde 1925 hasta los  
últimos días de su vida, cuando quiso  
revisar el gran trabajo que venía pre-

parando sobre *La Primera Misión Pon-  
tificia en América*, dirigida por Mons.  
Giovanni Muzi (1823-1825), sobre la  
cual había ya publicado varios artícu-  
los (1926, 1930, 1932, 1943); y aspira-  
ba ahora dejar el manuscrito preparado  
para la imprenta. No hay exageración  
al afirmar que el P. Leturia ha escri-  
to para la historia moderna de la Igle-  
sia en América Latina los trabajos  
fundamentales. Además estimuló y lo-  
gró ulteriores investigaciones por medio  
de sus discípulos en una larga serie  
de tesis de doctorado. De donde si  
nosotros conocemos hay suficientemente  
el desenvolvimiento de la Iglesia en a-  
quellos países, que se abren a un bri-  
llante porvenir, es simplemente mérito  
insigne e indiscutido del P. Leturia.  
La absoluta imparcialidad y serenidad  
con que se desarrollan estas múltiples  
investigaciones, le proporcionaron el re-  
conocimiento de todas las naciones. Y  
así fue nombrado miembro de las Aca-  
demias nacionales de Historia de Es-  
paña, Argentina, Colombia, Venezuela  
y Ecuador.

El otro tema de que se ocupó con  
preferencia el P. Leturia fue *San Ig-  
nacio y los Orígenes de su Orden*. Sin  
duda él trató de San Ignacio con de-  
voción de hijo y simpatía de coterrá-  
neo, pero también siempre de auténti-  
co historiador afincado en las fuentes  
más seguras. En el volumen: *El Gen-  
tilhombre Íñigo López de Loyola en su  
patria y en su siglo*, (Montevideo 1938,  
Barcelona 1941) ha estudiado de ma-  
nera exhaustiva y original el joven Ig-  
nacio hasta su conversión. Después en  
una larga serie de estudios, que co-  
rren desde 1925 hasta sus últimos días,  
ha reconstruido históricamente los ras-  
gos, los episodios y los momentos más  
sobresalientes y decisivos de la vida del  
santo y del fundador de la Compañía  
de Jesús. El logró contagiar de entu-  
siasmo por el conocimiento y amor de  
San Ignacio a cuantos le han tratado  
en la intimidad; y esto no solamente  
por el entusiasmo con que se le oía  
hablar continuamente sobre el tema,  
sino, sobre todo, por medio de su pro-  
pia vida, que él conformaba a la del  
Santo. El P. Leturia ha aportado una  
contribución verdaderamente notable y  
renovadora al conocimiento de San Ig-  
nacio, y en justicia debe ser mirado  
como el especialista más autorizado en  
las cuestiones ignacianas. Es verdade-  
ramente lamentable que la muerte pre-  
matura le haya impedido ultimar la  
*Vida* de su gran maestro, en la que ve-  
nía trabajando con tanto entusiasmo.

De San Ignacio fue fácil al P. Le-

turia el paso a la **Historia de la Compañía de Jesús**. Y de hecho ha ilustrado en una serie de artículos profundos y documentados, muchos puntos y aspectos, sobre todo de los Orígenes de la Orden. Citemos como ejemplo: **La hora matutina de meditación en la Compañía naciente** (*Archivum Historicum Societatis Jesu*), 1934; **Perche la Campagna divenne un Ordine insegnante** (*Civiltà Cattolica*, 1950); **Lecturas ascéticas y lecturas místicas entre los jesuitas del siglo XVI** (*Arch. Ital. per la storia della Pietá*, vol. II, 1953); **Le genuine fonti storiche circa le origini e il carattere della Compagnia di Gesù** (*Civiltà Cattolica*, 1944).

El paso a la Historia de la Orden le fue facilitado también por otras circunstancias, ya que después de seis años de permanencia en el Colegio Máximo de Oña, fué llamado a Roma al Instituto Histórico de la Compañía para asumir la dirección de **Monumenta Historica Societatis Jesu**, que retuvo hasta el año 1947, y para fundar y dirigir la revista **Archivum Historicum Societatis Jesu**. Ciertamente, los seis años de su permanencia en Oña fueron extraordinariamente fructuosos tanto por las muchas investigaciones publicadas por él sobre sus dos temas preferidos, como por la enseñanza de la Historia Eclesiástica y por haber contribuído a fomentar el estudio de las Misiones (se le había confiado la parte histórica de la revista **El Siglo de las Misiones** y la dirección de una colección misional de cien volúmenes); y finalmente, por haber sabido despertar en los estudiantes de Teología un ardor inusitado por el estudio. No puede olvidarse que fue el propio P. Leturia el que dotó al escolasticado de Oña de una Sala de Consulta magníficamente abastecida, que se conserva hasta nuestros días.

Pero ya un año después de su venida a Roma tuvo que dividir su tiempo entre el Instituto Histórico y la Pontificia Universidad Gregoriana. En efecto, cuando en 1932 se pensó en fundar en la Gregoriana la **Facultad de Historia Eclesiástica**, el P. Leturia fue encargado por los Superiores de organizarla y dirigirla en calidad de Decano. Allá tuvo al principio como valiosos colaboradores a los Padres G. Grisar, R. Leiber, C. Silva-Tarouca, P. March y R. Fausti, y un año más tarde el P. Hertling. Mérito grandísimo del P. Leturia, ayudado por sus colaboradores, es el haber escogido y puesto en acción una estructura que hace de la Facultad de Historia Eclesiástica, una institución

orgánica, verdaderamente capaz de alcanzar los dos fines para que fue creada: preparar los futuros profesores de la Historia de la Iglesia para las facultades teológicas y los seminarios; y formar investigadores de la milenaria Historia de la Iglesia. En este nuevo oficio de Decano y profesor de la Facultad de Historia Eclesiástica resplandecieron todavía más las excelsas dotes del P. Leturia; las dotes de investigador profundo, de maestro incomparable, de espíritu emprendedor y organizador.

De 1932 en adelante su vida se confunde en cierto modo con la de su Facultad. El la hizo heredera de su culto por la verdad y de su rectitud científica. Como él era recto consigo mismo como historiador, así exigía de sus discípulos una rectitud absoluta en la historia. Era un maestro incomparable por su exposición ordenada y brillante, por el dominio de las fuentes y de la bibliografía (gracias a su conocimiento de varias lenguas podía incorporar en su exposición las obras principales de muchas naciones), por la profunda penetración de la materia y por la habilidad con que sabía poner en evidencia y entrelazar los varios factores que han actuado en la historia. Su enseñanza estaba siempre saturada de un amor a la Iglesia, cálido y universal, apoyada en un conocimiento profundo de la historia de esa misma Iglesia, de la cual conocía ciertamente los periodos oscuros y hablaba de ellos con absoluta franqueza; pero conocía también las causas de la decadencia y el milagro de la perenne renovación. Y precisamente porque él quería llevar a su alumnos a un amor a la Iglesia, genuino y bien fundado, los educó con una acuciosa diligencia en el estudio de las fuentes y en un respeto total de la verdad. Más de uno entre sus alumnos pudo al principio ser presa del miedo ante aquellas sus enseñanzas: ellos debían trabajar, trabajar hasta desentrañar y dar razón de cada afirmación que hacían en sus ejercicios. Nada le era más odioso que la charlatanería y la pseudo erudición; nada reprendía él con más vigor que las afirmaciones, acusaciones o defensas no probadas, proferidas a base de puras preferencias o predisposiciones personales. Tal vez la primera impresión que recibían de él, sus alumnos era que tenían que verse con un maestro severo y exigente, pero se percataban también muy pronto que no hubieran podido fácilmente encontrar un profesor que se ocupase tanto de ellos, ya que quería hacerlos verdaderos historiadores. El P. Leturia vi-

vió enteramente para sus alumnos en el pleno sentido de la palabra. Los conocía a todos, tomaba sinceramente parte en sus trabajos y en sus dificultades. Donde pudiera ayudarlos, sea en sus investigaciones, sea en procurarles una facilidad, un permiso especial, un viaje de estudios, un empleo, nunca le parecía excesiva una carta de presentación o algún otro esfuerzo. Su cuarto les estaba siempre abierto y su rica experiencia estaba a su servicio; hasta ponía a su disposición sus propios descubrimientos archivísticos y sus hallazgos: Aprobaba con íntima alegría y satisfacción sus trabajos. Sus alumnos le han correspondido con un afecto entusiasta. La mayor parte de ellos han permanecido relacionados con él durante años después de haber dejado la Universidad y le han demostrado con frecuencia en la forma más expresiva su gratitud, principalmente por la formación interna que les dió por medio de su palabra y de su ejemplo. La correspondencia epistolar con ellos revelaría más a fondo el corazón de este gran hombre.

Bien se comprende cómo este interés por los alumnos todos de su Facultad supuso un sacrificio no leve para su trabajo personal. Además, desde 1943, debía dar también parte de su tiempo a la sección histórica de la Sagrada Congregación de Ritos, de que era Consultor.

Cumplía 21 años de Decano de la Facultad de Historia Eclesiástica cuando en Noviembre de 1953 pidió ser exonerado de su cargo para atender con mayor tranquilidad a sus investigaciones personales. Pero antes de abandonarlo, en el mes de Octubre de aquel año organizó y dirigió, en el cuadro de las celebraciones centenarias de la Gregoriana, el exitosísimo Congreso de Historia Eclesiástica, que causó la admiración y la satisfacción de todos los participantes y les hizo expresar el voto de que se celebrasen con frecuencia encuentros tan fructuosos.

Para concluir, el P. Leturia, no fue solamente el historiador inminente y el maestro incomparable. Fue también y siempre un verdadero sacerdote, celoso de la gloria de Dios y del bien de las almas; fue un inspirado director de espíritus; un predicador muy buscado para los Ejercicios Espirituales, tanto que muchos consideraban una verdadera gracia del Señor el haberlos podido recibir de él. Fue siempre un religioso ejemplar y virtuoso, trabajador incansable, austero consigo mientras era todo dulzura y caridad para con los demás. Cuando conoció la gravedad de su mal, ofreció generosamente a Dios el sacrificio de varias investigaciones que dejaba incompletas y la de su vida que había ofrendado entera por Cristo y por la Iglesia.

VINCENZO MONACHINO, S. J.

